

SOBRE EL PENSAMIENTO DE ANÍBAL PINTO: LOS ASPECTOS MÁS GENÉRICOS

J. C. VALENZUELA FEIJÓO *

Aníbal Pinto es uno de los más notables economistas latinoamericanos. Por la cantidad, calidad y significación de sus contribuciones, bien merece el calificativo de clásico. Sus aportes cubren un muy amplio radio que va desde la política fiscal, el tema de la inflación, la distribución del ingreso, la forma del relacionamiento externo, la programación del desarrollo, hasta los aspectos sociopolíticos del desarrollo.

Tal vez uno de los aspectos más relevantes de la obra pintana radica en su agudo filo crítico y polémico. Nada más ajeno a la obra y a la misma personalidad de nuestro autor que los requiebros apologéticos y las loas serviles al poder constituido (algo tan frecuente en nuestros economistas "revolucionarios"). Su misión crítica siempre se ha concentrado en desmontar primero y fulminar después, aquellas construcciones teóricas distorsionantes que, más allá de sus mayores o menores sofisticaciones académicas, no pasan de ser racionalizaciones de intereses particulares nada congruentes con las exigencias del desarrollo nacional. No en balde, de Pinto se ha dicho que es el terror de los fondomonetaristas o neoliberales. La pura existencia de esta dimensión crítica hace de la lectura de la obra pintana un ejercicio refrescante y de especial valor formativo para las nuevas generaciones.

En los términos de este trabajo, no podríamos abordar ni medianamente los numerosos aportes de Pinto. Nos concentraremos, exclusivamente, en lo que podríamos denominar su "cosmovisión" o planteamiento teórico más

* UAM-Iztapalapa.

general. Como esperamos aclarar más adelante, el rigor crítico de Pinto está íntimamente asociado al tipo de visión global que privilegia.

En toda cosmovisión coexisten, en grados variables, componentes científicos, filosóficos, creencias religiosas y otros elementos no racionales. En la visión pintana importan sólo los dos primeros y, en consecuencia, podemos hablar de un pensamiento *laico* y racional.

La parte de esa visión global que aquí nos interesa recoger es aquella que más propiamente responde a los denominados “cánones” científicos¹ y que, por su alto grado de generalidad, en un lenguaje coloquial tendemos a denominar “filosofía” general de un autor. Por cierto, se trata simplemente del aspecto más general de la teoría manejada por el autor. Y si recordamos que el método no es más que la parte más general y abstracta de una teoría, parte que ya no interesa como reflejo interpretativo de lo real sino —en tanto método— como directriz orientadora de nuevas investigaciones, también podríamos hablar del método de Aníbal Pinto.

En la obra de Pinto, si la contemplamos en sus aspectos más globales y genéricos, podemos advertir un nítido parentesco con la economía clásica (la de Smith, Ricardo y Mill) y marxista. Y no se trata aquí de la utilización de aquellos sistemas conceptuales, lo que es muy tenue, sino más bien del énfasis que se coloca en el análisis de determinados problemas, el tipo de interrogantes fundamentales, etcétera. El enfoque de Pinto es macroeconómico y se concentra en los problemas del desarrollo. O sea, se sitúa en los marcos de lo que Baumol denominara “gran dinámica” clásica, identifica las variables estructuralmente estratégicas y analiza el modo en que su articulación dinámica incide en el desarrollo económico-social y en las mutaciones que lo tipifican. Y si algún “juicio de valor” se maneja, este no es más que la deseabilidad del desarrollo y del progreso:

en la vieja tradición liberal y marxista seguimos estando por el desenvolvimiento irrestricto de las “fuerzas productivas”: no creemos en ninguna variante “monástica” (. . .); seguimos pensando que sólo la abundancia (por lo menos de todo lo esencial) establecerá la base objetiva material para el “hombre nuevo”; y, por último, no vemos ninguna razón para que habiendo fuerza de trabajo, tecnología, infraestructura y comercio exterior, el sistema productivo (y sus frutos) no se expanda todo lo posible.²

¹ Los enunciados científicos son aquellas oraciones (o hipótesis) que amén de su coherencia formal y de no ser tautologías, han sido o pueden ser sometidos a los rigores del test empírico. Aclaremos: la ciencia usa tautologías como parte de su arsenal analítico pero, obviamente, aquí el test empírico sale sobrando.

² cf. *Inflación, raíces estructurales*. Fondo de Cultura Económica, prólogo pp. 21-22, México, 1975.

En lo que sigue, comentamos brevemente las principales dimensiones o aspectos de la "visión" pintana.

I. UNA VISIÓN ESTRUCTURALISTA

Por estructuralismo entendemos una aproximación teórica que se concentra en el análisis de las variables "importantes", es decir, variables que: *i)* son relativamente más permanentes, *ii)* ejercen una influencia relativamente más decisiva en la evolución global del sistema. Una visión de este tipo parte del presupuesto ontológico de una realidad que no es plana; es decir, de una realidad que está estructurada en diversas capas que afectan muy desigualmente el funcionamiento y dinámica del sistema. Se distinguen, en consecuencia, los elementos y relaciones mayormente *esenciales* de aquellos más accidentales y externos.³ Y, por cierto, la dimensión o "esqueleto" estructural se supone localizada en la esfera esencial. Pero, ¿dónde se localiza lo esencial? O bien, ¿cómo conceptualiza Pinto la noción de estructura?

Para el caso, no se podría decir que la de Pinto sea una postura del todo precisa y libre de equívocos. Pero si efectuamos una lectura selectiva e incluso un "tántico" reordenadora, podemos señalar tres espacios o dimensiones a los cuales se les atribuye una muy especial relevancia: *i)* las formas de la organización productiva; *ii)* las pautas distributivas; *iii)* los modos o formas del relacionamiento externo. En el esquema clásico más tradicional, recordemos, se distinguen cuatro esferas económicas: producción, distribución, cambio y consumo. De ellas, Pinto privilegia a las dos primeras —con lo cual se sitúa en la tradición clásica (Ricardo, en especial) y marxista y, a la vez, en las antípodas de la visión neoclásica— siendo obvio que la tercera dimensión emerge a partir de considerar el carácter subdesarrollado y *dependiente* de nuestras economías.

Antes de seguir el argumento central, permítasenos un paréntesis más o menos terminológico. Últimamente, Pinto suele hablar de *sistemas*, *estructuras* y *estilos*.⁴ Es algo vago al respecto y sus definiciones⁵ nos dejan al-

³ Aunque esta postura pudiera parecer obviamente justa, es rechazada abruptamente por la epistemología positivista. En economía, cuando los neoclásicos hablan del método se suelen plegar a estas posiciones, aunque en su práctica concreta no siempre las respetan.

⁴ Ver A. Pinto, "Notas sobre estilos de desarrollo en América Latina". *Revista de la CEPAL*, 1er. semestre de 1976; también "Estilos de desarrollo: conceptos, opciones, viabilidad", en *El Trimestre Económico*, núm. 536, Julio-septiembre de 1978.

⁵ "El concepto de *sistema* se desprende de las dos formas principales de organización social

gunos cabos sueltos.⁶ Como al hablar de sistemas menciona al socialismo y al capitalismo, nos parece más útil hablar aquí de *modo de producción*.⁷ El segundo nivel, apunta al *grado de desarrollo* de las fuerzas productivas y sus correlatos socio/económicos y, por eso, Pinto habla aquí de estructuras subdesarrolladas o desarrolladas. Pero emplear el vocablo "estructura" para referirse a los niveles de desarrollo no parece afortunado, pues lo limita en exceso: ¿las estructuras, en un sentido genérico, acaso no son discernibles en *todos* los fenómenos? En cuanto al vocablo *estilo*, sí parece pertinente. Se alude aquí a lo que también se ha denominado fase (etapa),⁸ estructura social de la acumulación,⁹ patrón de acumulación,¹⁰ modo de regulación,¹¹ etcétera. Si aceptamos una corrección como la insinuada tenemos un movimiento categorial que va desde lo más abstracto a lo concreto y la correspondiente subordinación lógica de las categorías. Asimismo, se abre la posibilidad de manejar diversas *periodizaciones* históricas, clara y precisamente articuladas entre sí.

Volvamos a la categoría modo de producción. Ella funciona como la unidad de otras dos: el sistema económico y el sistema de fuerzas productivas. El primer aspecto a su vez se puede desagregar en las clásicas esferas de las relaciones de producción, distribución, cambio y consumo. En la perspectiva clásica y marxista se consideran las dos primeras esferas como lo decisivo y determinante (en la óptica Ricardo-Sraffa se enfatiza más el

que lidian y conviven en la realidad contemporánea: la capitalista y la socialista". *Estructura*: "Conjunto de elementos materiales y sociales que constituyen el 'esqueleto' de una comunidad y que se caracterizan por su relativa fijeza en el tiempo o su virtual inmutabilidad". Finalmente, *estilo* es "el modo en que, dentro de un determinado sistema y estructura, en un periodo dado y bajo la égida de los grupos rectores se organizan y asignan los recursos humanos y materiales con el objeto de resolver los interrogantes sobre qué, para quiénes y cómo producir".

⁶ Es decir, no se aclaran sus contenidos precisos ni la articulación de sus elementos constitutivos.

⁷ En el sentido clásico de la categoría y no en el que le adjudicara el enredado Althusser. Para una exposición breve y popular (para algunos, incluso vulgar), ver O. Lange, *Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, t. I, caps. 1 y 2.

⁸ En los trabajos de Eugeni Varga y en la mayoría de los manuales soviéticos.

⁹ Categoría desarrollada por autores como Bowles, Edwards, Gordon *et al.* Ver S. Bowles, D.M. Gordon y Th. Weiskopf, "Business Ascendancy and Economic Impasse: A Structural Retrospective on Conservative Economics, 1979-1987", en *Journal of Economic Perspectives*, invierno de 1989. De los mismos autores, "Power and Profits: The Social Structure of Accumulation and the Profitability of the Postwar U.S. Economy", en *Review of Radical Political Economy*, primavera y verano de 1986; también D. Gordon, R. Edwards y M. Reich: *Trabajo segmentado, trabajadores divididos*. M. T. y S. S. Madrid, 1966. De Gordon, Bowles y Weiskopf: *La economía del despilfarro*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.

¹⁰ Cf. J. C. Valenzuela Feijóo, *¿Qué es un patrón de acumulación?*, UNAM, México, 1990.

¹¹ Por R. Boyer, A. Lipietz y otros.

aspecto distribución; en Marx, la producción). Al interior de las relaciones de producción, a su vez, se localizan las *relaciones de propiedad*, aquellas relaciones que para Marx nos descubren el “secreto más recóndito” de toda sociedad, “la base oculta de toda la construcción social y también, por consiguiente, de la forma política de la relación de soberanía y dependencia, en una palabra, de cada forma específica de Estado”.¹² Pinto se sitúa en esta perspectiva y cuando busca identificar la diferencia esencial entre socialismo y capitalismo, nos señala que “a despecho de la nebulosa que han tendido en estas materias algunas corrientes del reformismo europeo, la línea divisoria entre los dos sistemas alternativos o antagónicos continúa siendo la propiedad del capital productivo y por derivación, el control, uso y apropiación del excedente social que resta después que la comunidad satisface sus necesidades inmediatas de consumo, excedente que en una economía privada está representado principalmente por los valores creados por y no pagados a la fuerza de trabajo. La inversión de las empresas y gran parte del ahorro personal se alimenta en esa fuente y lo mismo ocurre con la capitalización estatal en la medida que proviene de una tributación más o menos regresiva”.¹³

En suma, el tipo o naturaleza de las relaciones de propiedad determina la naturaleza del sistema económico y, por lo mismo, nos proporciona el *núcleo más esencial* de la estructura a analizar. Omitir este aspecto sería un crimen de lesa teoría,¹⁴ pero limitarse a él nos situaría en un plano excesivamente abstracto y, por ello, insuficiente.¹⁵ Se trata en consecuencia, de avanzar hacia el análisis de estructuras más concretas —por ello, más complejas— y que se correspondan con las que tipifican a las economías latinoamericanas. Este ascenso a lo concreto plantea el sempiterno problema de desarrollar las mediaciones o eslabonamientos conceptuales pertinentes con orden, rigor y coherencia. Es decir, necesitamos un sistema teórico que posibilite, entre otras cosas, la unión lógica de lo particular y lo general.

Un tipo dado de propiedad (feudal, capitalista, socialista, etcétera), asume modalidades o variantes determinadas. La propiedad capitalista, verbi

¹² C. Marx, *El Capital*, FCE, México, 1974, t. III, p. 733.

¹³ Cf. Espartaco (seudónimo de A. Pinto), “Esbozo de una alternativa económica socialista para América Latina”, en *El Trimestre Económico*, núm. 122, abril-junio de 1964.

¹⁴ Algo no poco frecuente. Por ejemplo, en muchos casos se pretende a la vez incentivar la inversión privada y mejorar la distribución del ingreso afectando negativamente la tasa de ganancia. En un contexto capitalista, esto equivale a creer en el “viejito Pascual”, es decir, a ignorar las leyes más esenciales del sistema.

¹⁵ Insuficiente más no incorrecto.

gracia, puede ser personal, corporativa, estatal, etcétera. Peculiaridades nacionales, el nivel de desarrollo del sistema y otros factores, pueden dar lugar al predominio de tales o cuales formas y a la consiguiente diferenciación estructural. En este sentido, es útil recordar la *unidad interna* que se establece entre sistema económico y sistema de fuerzas productivas.¹⁶ Es decir, cierto tipo de fuerzas productivas (y cierto rango de niveles de productividad del trabajo), no puede combinarse con cualquier forma de propiedad y viceversa. De hecho, parece evidente la existencia de una relación funcional entre niveles de productividad del trabajo y formas de propiedad. Por lo mismo, si nos encontramos con fuertes diferenciales de productividad, cabe suponer la presencia de sistemas económicos (i.e., de formas de propiedad) *cualitativamente* diferentes. Más aún, parece lícito suponer que en la base de niveles de productividad muy bajos (verbi gracia, los segmentos "primitivos" del análisis de Pinto), sólo pueden encontrarse formas de propiedad precapitalistas y, por ello, el subdesarrollo implicaría un capitalismo no pleno, es decir, una *estructura económica heterogénea* en el sentido de coexistencia de múltiples formas de propiedad cualitativamente diferentes. O bien, como mínimo, la coexistencia de múltiples modalidades capitalistas, más atrasadas o más modernas. Correlativamente tendríamos que el polo desarrollado se tipificaría por su *homogeneidad estructural* y la economía mundial por la coexistencia de estructuras homogéneas y heterogéneas, lo que daría lugar a una articulación de dominación-subordinación entre los dos polos del orden más global.

Una última y elemental consideración nos indica el carácter mudable de las estructuras del subdesarrollo y del desarrollo. Es decir, la homogeneidad-heterogeneidad y la dominación-subordinación estructurales permanecen pero sus contenidos varían en el tiempo. Existe, por lo mismo, una *historia* del subdesarrollo, y la dinámica involucrada en ello implicaría la sucesión de determinados "estilos de desarrollo" o "patrones de acumulación". En este caso, siguen manejándose dimensiones estructurales, pero en un plano bastante más concreto.

II. VISIÓN DINÁMICA

Un enfoque estructural pudiera ser estático. Pero nada de eso, ni remotamente, encontramos en la obra de Pinto. Sus intereses apuntan a los flujos

¹⁶ La productividad del trabajo es uno de los elementos más decisivos del sistema de fuerzas productivas. Este sistema nos da cuenta de la forma que asume el nexo entre la sociedad y la naturaleza, en tanto el sistema económico refleja el ordenamiento social que asume el proceso de trabajo (o interacción sociedad-naturaleza).

y al movimiento de las variables, al perpetuo cambio que las suele caracterizar y, en este sentido, se podría hablar de una óptima heracliteana, algo nada frecuente en una profesión que suele adscribirse al bando parmenídico.

La dinámica que maneja Pinto en sus análisis es una dinámica de carácter material y objetivo. Por lo mismo, no es algo que el investigador le imponga al objeto que investiga y/o que funcione como algo convencional;¹⁷ muy por el contrario, se trata de recoger el ritmo de las pulsaciones y mutaciones del objeto, es decir, su específica y particular dinámica. Ahora bien, como los tiempos reales no son más que la expresión de las mutaciones o cambios que experimentan los fenómenos, la temporalidad o dinámica que Pinto maneja nos remite a los ritmos o *tempo*s con que el sistema económico se va modificando. Y a menos que tengamos la osadía, nada infrecuente y nada inteligente, de identificar al sistema social con un artefacto mecánico, el tipo de movimiento a investigar será bastante más complejo que aquellos de carácter mecánico, por ejemplo el péndulo, que abundan en textos y manuales neoclásicos. Dicho brevemente, se trata de aprender la historia del fenómeno y la lógica específica que le subyace.

Lo señalado da lugar a algunas exigencias o conclusiones cuya explicitación puede ser útil: *i*) el análisis económico debe trabajar con conceptos cuyo rango de validez no es universal; es decir, debe funcionar con "abstracciones históricamente delimitadas";¹⁸ *ii*) el analista debe ser capaz de identificar y *explicar* la emergencia o génesis de *nuevos* elementos y fenómenos; asimismo, la muerte o desaparición de elementos y fenómenos ya viejos, debe ser igualmente bien explicada. Enunciar esta exigencia es fácil, pero implementarla no es para nada sencillo. Piénsese, por ejemplo, en la escuela neoclásica: el campo problemático que privilegia y los supuestos y herramientas conceptuales que maneja dan lugar a un adiestramiento del todo incongruente con la exigencia señalada;¹⁹ *iii*) no es fácil captar

¹⁷ Los neoclásicos suelen vivir al margen del tiempo y, como regla, olvidan por completo la historicidad de los fenómenos económicos. Y en las raras ocasiones en que pretenden manejar una dimensión temporal lo hacen en términos convencionales: fechando variables ($t-1$), (t), ($t+1$), etcétera. La temporalidad no se recoge del objeto sino que se le impone a éste. Al respecto, la definición de Hicks es característica: "Llamo estática económica a aquellas partes de la teoría económica en que no nos tomamos la molestia de fechar los acontecimientos; economía dinámica a aquellas partes en que toda cantidad ha de tener una fecha". Cf. J. Hicks, *Valor y capital*. FCE, México, 1974, p. 129.

¹⁸ En realidad, existen pocos conceptos de rango universal: trabajo, producto, división del trabajo, consumo personal, etcétera. Como la universalidad se satisface al más alto nivel posible de abstracción, los contenidos conceptuales —en ese nivel— resultan bastante esmirriados.

¹⁹ Como se sabe, los neoclásicos —en especial, su vertiente walrasiana, que es por lo demás

teóricamente la “lógica de lo viviente”, por lo mismo, en muchas ocasiones el afán desemboca en una pura descripción, en mucha *historio-grafía* y muy poca *historio-logía*, es decir, se termina por subvaluar la teoría, por desecharse el manejo de un esquema conceptual riguroso, sistemático y completo.

Criticar la abstracción *desmedida* (o sin medida) no es lo mismo que criticar la abstracción *per-se*. La escuela histórica alemana cayó en esa confusión y, por ello, terminó en el marasmo y la esterilidad. El ya legendario *methodenstreit* dejó más o menos aclaradas las cosas al respecto. No obstante, se tendió también a olvidar lo válido y rescatable de las inquietudes historicistas: no definir a los esclavos como hombres de la raza negra ni pretender que los faraones del antiguo Egipto aplicaban una política fiscal anticíclica. O bien, para dar un ejemplo que nos es más familiar, no pretender que nuestros hacendados decimonónicos llevaban la producción de trigo hasta el punto en que los costos e ingresos marginales resultaban iguales entre sí y a la vez iguales al precio de mercado.

Conviene agregar una última observación. Una visión estructuralista lleva necesariamente a privilegiar el *cambio estructural*. Es decir, el aspecto temporal de la teoría asumirá la forma de una *dinámica estructural*. Esta dinámica existe en tanto la economía experimente mutaciones cualitativas (i.e., estructurales) y, por lo mismo, se dé una transición de una fase histórica a otra. Los cambios pueden ser: *a*) de un modo de producción (“sistema”) a otro: hacia el capitalista o hacia el socialista,²⁰ lo que supone una mutación que afecta a un elemento estructural *específico*: las relaciones de propiedad;²¹ *b*) del capitalismo subdesarrollado al desarrollado: el rasgo esencial del sistema se preserva pero se alteran los elementos *x*, *y*, *z*, etcétera; *c*) en el seno del capitalismo subdesarrollado (latinoamericano), se avanza de una fase o *estilo* (o patrón de acumulación) a otro. Por ejemplo, de la ISI (industrialización sustitutiva de importaciones) al patrón secundario-exportador. En la obra de Pinto encontramos referencias a los cambios de tipo *a*) y de tipo *b*) (más a estos últimos), pero es

la de lejos dominante— poseen una verdadera obsesión por buscar los puntos o solución de equilibrio estable a los problemas que manejan. En este contexto, nociones como mutación, génesis, disolución, etcétera, parecen “de otro mundo”. Y si se introduce algún cambio, éste viene exógenamente determinado.

²⁰ Sólo señalamos las mutaciones que han preocupado a Pinto.

²¹ Por relaciones de propiedad entendemos una relación que se ubica al *interior* del sistema económico y que opera como matriz y fundamento de *todo* el sistema social. El contenido de la relación se refiere a la distribución social del poder patrimonial (i.e. el poder de decidir la asignación de las fuerzas productivas) y a los mecanismos de apropiación del producto, en especial del producto excedente.

muy evidente que el grueso de su atención se concentra en los cambios de estilo. Por lo mismo, las estructuras que analiza de modo primordial, son aquéllas que tipifican a economías que son capitalistas, subdesarrolladas, latinoamericanas y en determinadas fases de su devenir. Por ejemplo, analiza con especial lucidez los factores y causas que determinan el salto desde el modelo primario-exportador hacia la industrialización sustitutiva de importaciones. También, la mutación que va desde aquél hacia el secundario-exportador (desarrollista o neoliberal).

III. VISIÓN TOTALIZANTE: CENTRO Y PERIFERIA

Pinto abomina de los enfoques unilaterales y es tal vez el muy especial *feeling* que posee para los fenómenos concretos —vistos como “unidad de múltiples determinaciones”— el que lo lleva a rechazar cierto tipo de abstracciones y a esgrimir y aplicar el *dictum* de Hegel: “la verdad reside en el todo”. Es decir, entiende que nuestras economías constituyen sólo una parte de una totalidad que es mayor y, por ello, una comprensión cabal de su funcionamiento prohíbe hacer abstracción de las relaciones y nexos que supone el fenómeno mencionado.

Pinto asume a plenitud —y la desarrolla— la concepción centro-periferia de Prebisch. Por lo tanto, en las relaciones internacionales ve conflictos y relaciones de dominación. En sus palabras,

una economía central —aparte de su nivel y estructura de desarrollo y el carácter básicamente endógeno del dinamismo de su crecimiento—, se define también por la circunstancia clave de que está en posición de influir *sensiblemente* sobre la marcha de las economías periféricas —y no hay viceversa en la materia salvo en algunos casos y coyunturas muy especiales o en forma incidental o marginal.²²

La obvia contrapartida de lo expuesto es la sensible dependencia de las economías periféricas respecto a las centrales y dominantes.²³ En la relación, valga recordarlo, opera una fuerte succión de excedentes desde la periferia hacia los países centrales. Según Pinto, la expoliación no es muy decisiva para el centro pero sí afecta bastante las posibilidades de la acumulación y el crecimiento en la periferia.²⁴ Además, si hay explotación del

²² El sistema centro-periferia, 20 años después, en IRE, p. 296, ed. cit.

²³ Ver notas sobre desarrollo, subdesarrollo y dependencia; en IRE, ed. cit., pp. 141-161.

²⁴ En no pocas ocasiones, Pinto ha insistido en que atribuir a la dependencia *la* causa del subdesarrollo no sería correcto. Para Pinto, se trata de *una* causa entre otras y diríamos que gusta —quizá por afanes polémicos— de insistir en los condicionantes internos.

centro por la periferia es a causa del desarrollo del polo central y no al revés:

la Gran Bretaña, por ejemplo, llega a consolidar y extender su posición imperialista *porque es desarrollada y no viceversa*. Para demostrar este aserto basta tener a la vista la bien conocida historia de las potencias ibéricas. Es probable que, en términos absolutos y relativos, por lo menos hasta fines del siglo XVIII, la expoliación colonial por parte de España y Portugal haya sido mayor que la que pudo realizar Inglaterra. Sin embargo, ello no generó el desarrollo de esos países, sino que, por el contrario, parece haber sido una de las causas principales de su subdesarrollo en el cuadro europeo, como ha sido convincentemente argumentado por diversos autores.²⁵

En un trabajo de 1972, Pinto escribe que

las transformaciones que han tenido lugar en las dos últimas décadas han afectado las relaciones centro-periferia en grado muy sustancial. Ellas parecen derivar de dos procesos paralelos y contradictorios y que podrían denominarse como de *marginalización relativa e inserción dependiente*.²⁶

La marginalización periférica deriva del hecho de que "los nexos entre los dos polos del sistema han perdido importancia en el conjunto, a raíz de la creciente integración de las economías centrales"²⁷ y el menor crecimiento de la periferia. El segundo proceso apunta a lo siguiente:

partes de la periferia y, en especial, de la América Latina (generalmente las más adelantadas o dinámicas) han venido siendo insertadas en el sistema central tanto por intermedio de crecientes importaciones de manufacturas —en su mayoría imprescindibles para su desarrollo— como, aún en mayor grado, por los movimientos de capital y, en especial, por inversiones directas destinadas a servir sus mercados internos.²⁸

Lo que este proceso implica es que *algunos* segmentos de *algunos* países entran en un proceso —eventualmente acelerado— de modernización capitalista. En segundo lugar, que se acentúa el grado de heterogeneidad estructural en dichos países y, finalmente, que se asiste a un agudo proceso de extranjerización de tales economías. Es decir, el crecimiento y moder-

²⁵ Notas sobre desarrollo, subdesarrollo y dependencia; en IRE, ed. cit., p. 147.

²⁶ Cí. El sistema centro-periferia... en IRE, ed. cit., p. 319.

²⁷ *Ibid.*, p. 319.

²⁸ *Ibid.*, p. 320.

nización de esos países pasa a depender y a ser conducido por el capital extranjero. El trabajo citado fue escrito hace casi veinte años. Hoy nos enfrentamos al sistema centro-periferia, cuarenta años después y, por cierto, podemos observar cambios importantes. El más decisivo: el espectacular y casi automático derrumbe del campo soviético en toda la Europa Oriental. No es del caso entrar aquí a un análisis de lo nuevo, pero se podrían avanzar al menos dos observaciones: *a)* el contrapeso que ejercía la Unión Soviética y su *hinterland* europeo sobre Estados Unidos le posibilitaba al "tercer mundo" un no despreciable poder de regateo. Como el contrapeso ha desaparecido, la situación para el tercer mundo se acerca a la orfandad, máxime si no es capaz de superar su tradicional fragmentación política. El dramático caso de Irak es más que ilustrativo al respecto; *b)* en el nuevo contexto, y especialmente luego de la guerra en el Golfo Pérsico, la hegemonía político-militar de Estados Unidos resulta abrumadora. Por el contrario, la economía estadounidense sigue dando muestras de debilidad —fenómeno que no es coyuntural— y la correlación económica de fuerzas se sigue alterando más y más en contra de Estados Unidos. Es decir, se va perfilando una disociación creciente entre el poderío militar-político y el económico de Estados Unidos. Por lo mismo, cabe esperar que a la vuelta de los años se reedite el clásico conflicto interimperialista de los viejos tiempos, los previos al periodo de la "guerra fría". Dicho de otro modo, al revés de lo que algunas "buenas conciencias" y analistas superficiales han proclamado, el peligro de la guerra no se ha cancelado. Como es obvio, la guerra en que pensaban no es ya posible en tanto uno de los contrincantes ha desaparecido. Pero *otro tipo* de guerras (bastante conocidas, por lo demás), pasarán pronto al primer plano de la escena.²⁹

IV. VISIÓN TOTALIZANTE: LAS VARIABLES NO ECONÓMICAS

Las económicas, son sólo una *parte* de las relaciones sociales constitutivas de un sistema social dado. Y, por cierto, entre las otras relaciones sociales y las económicas, no se yergue ninguna muralla china. Consideremos, por ejemplo, una variable económica tan importante como el nivel salarial. ¿Habrá alguien capaz de sostener que las relaciones de carácter político no

²⁹ En algún grado, los actuales sucesos de Yugoslavia podrían estar prefigurando algunos de los perfiles que los nuevos conflictos pueden asumir en sus inicios. Y si hoy se observa mucho a Europa y sus nacionalidades, también se debería pensar en la periferia capitalista, auténtico caldo de cultivo para conflictos en torno a la apropiación y redistribución de zonas de influencia.

ejercen ninguna influencia en la tasa salarial? En breve, las relaciones sociales de tipo no económico influyen en el funcionamiento y dinámica del sistema económico y, por ello, para entender la economía debemos estudiar lo no-económico. Esto pudiera parecer muy elemental (y sí lo es), pero en su práctica concreta buena parte de los economistas profesionales suelen olvidar el requisito en cuestión. De las configuraciones ideológicas (o “formas de la conciencia social”) se puede sostener algo análogo en cuanto a su incidencia sobre los fenómenos económicos. Éstos, en suma, no constituyen un todo autocontenido, influyen y se ven influidos por el resto de la formación social. En palabras de Pinto,

en lo que se refiere a la ciencia económica, resalta la circunstancia de que su campo está estrechamente vinculado con el de otras relaciones y fenómenos sociales-políticos, religiosos, culturales, etcétera que hacen más difícil la percepción y ordenamiento de los elementos sustantivos de una realidad determinada.³⁰

En la obra de Pinto son constantes las referencias a la incidencia de los factores políticos e ideológicos en el devenir económico. Y viceversa: también abundan las menciones a las consecuencias políticas de tales o cuales procesos económicos. Al respecto, la maestría y agudeza de los análisis pintanos resulta proverbial y paradigmática, amén de que sus predicciones han resultado, a veces, fatalmente certeras. Demos un ejemplo: en 1963 escribe que “en el caso chileno se manifiesta, desde antiguo, un relativo adelanto de la organización social y las formas institucionales respecto a los cambios en el nivel de la estructura económica, disociación que tiende a agudizarse en los dos últimos decenios.³¹ En un trabajo previo, de 1959, sostiene que ese “desequilibrio tendrá que romperse o con una ampliación substancial de la capacidad productiva y un progreso en la distribución del producto social o por un ataque franco contra las condiciones de vida democrática”.³² Como se sabe, las dos alternativas fueron ensayadas en

³⁰ A. Pinto, *Política y desarrollo*, Edit. Universitaria, Santiago de Chile, 1968, pp. 122-123.

³¹ Cf. *Desarrollo económico y relaciones sociales en Chile*; en IRE, ed. cit., p. 246. En el mismo texto, escribe que “dado el nivel y parquedad del desarrollo chileno, no es posible, al mismo tiempo y en un período relativamente corto, resolver los problemas básicos de la masa preterida y permitir (o promover) la asignación de los recursos disponibles conforme al patrón de gastos y aspiraciones de los grupos altos y medios. En otras palabras, el intento de reproducir los módulos de consumo característicos de las sociedades ‘opulentas’ aparte de sus limitaciones intrínsecas, parece incompatible con todo propósito de modificar las condiciones básicas de la ‘pobreza estructural’ de las mayorías urbanas y rurales”, pp. 282-283.

³² Cf. A. Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1959, p. 11.

Chile: la primera entre 1970 y 1973 (Allende) y la segunda —que emerge con el asesinato de Allende— a lo largo de todo el periodo de la dictadura militar pinochetista.

Existe otro aspecto al cual conviene dedicar una mínima referencia. Como se sabe, las relaciones de determinación que se establecen entre la esfera económica y la esfera política han dado lugar a polémicas bastante largas y que suelen reaparecer, con nuevas formas, de tiempo en tiempo. En términos gruesos, la noción dominante tiende a sostener que la línea de causalidad principal va de la economía a la política, aunque a ésta se le reconoce cierta autonomía relativa, lo que implica tanto el fenómeno de la retroalimentación como la posibilidad de que en determinadas circunstancias la línea de causalidad dominante opere desde la política hacia la economía.

En ciertos contextos culturales —por lo demás, muy vulgares— influidos o moldeados por el espectro estalinista (en la izquierda) o por el friedmaniano (en la derecha), se suele caer en un reduccionismo economicista que no por simplón es menos frecuente. Y precisemos: en estos casos, por lo económico se suele entender no la estructura (sistema de *status*), sino más bien las motivaciones que moldean el comportamiento individual en función de intereses mercantiles-monetarios. O sea, y si bien pensamos, se cae o se bordea una postura que termina por asignarle a la psicología individual el rol de variable independiente.³³

En otros casos, el enfoque suele ser más o menos sofisticado y se conceptualiza a la política (e ideología) como “expresión” o “manifestación” de las estructuras económicas. Detrás de esta “expresividad” hegeliana subyace otro tipo de reduccionismo que no por sofisticado es menos falaz. La noción justificante que en él se maneja es la necesidad de “correspondencias estructurales”. Si esta noción se maneja en un sentido *tendencial*, resulta legítima e impecable. Pero ello, valga recalcarlo, también implica: *i*) que a la vez se dan relaciones de no correspondencia, es decir, desequilibrios o conflictos entre los diversos espacios de la formación social; *ii*) por lo tanto, los aspectos determinados son *irreductibles* a los determinantes. Como ejemplo de estas realidades, piénsese el fenómeno chileno recién citado. Pinto: *i*) reconoce el desequilibrio entre lo político y lo económico; *ii*) por

³³ En las bases de la construcción neoclásica se puede advertir nítidamente la presencia de esta postura. Para el caso, podríamos hablar de “enfoque del vendedor de salchicha”. Es decir, en el fondo de todo hombre no hay más verdad que la de un Shylock. Al pensamiento conservador anticapitalista (en la región, como regla cristiano-católico), no le ha pasado inadvertido esta postura y, al menos en otros tiempos, solía reclamar con fuerza.

ello mismo, está rechazando la reducción de lo político a lo económico; *iii*) también sostiene que a la larga la disociación no podrá subsistir. Como suele suceder en sus escritos, Pinto habla poco o nada sobre el “buen método”: sencillamente lo aplica.

Una última observación apuntaría a lo siguiente. La epidermis de sociólogos y politólogos es muy sensible al reduccionismo que suelen aplicar los economistas. Esta actitud, bastante explicable, por lo demás, ha ayudado al trabajo multidisciplinario y a relevar las “variables no económicas”. Pero, a la vez, en muchos casos ha dado lugar a un fenómeno con vicios opuestos: algo así como un reduccionismo político. De hecho, pareciera que algunos colegas se refugian en el análisis de los factores políticos para obviar y suprimir el análisis económico. Dicho de otro modo: el examen de los factores políticos e ideológicos no debe servir como pretexto que oculta la ignorancia en materias de teoría económica. El economista, por el contrario, debería agotar las posibilidades explicativas de su instrumental conceptual más específico, y sólo después de ello recurrir a otros expedientes. Por decirlo de alguna manera, encontrar las razones económicas de lo político constituye su responsabilidad *propia* (*qua* economista), en tanto es el politólogo quien debería dar cuenta de las razones políticas de lo económico. En estos aspectos, el ejemplo de Pinto no es menos aleccionador.

V. VISIÓN DIALÉCTICA: DESARROLLO Y CONFLICTOS

La de Pinto es una visión *diálectica*. Tiende a visualizar los fenómenos en su movimiento y atiende con especial cuidado a sus mutaciones cualitativas. Asimismo, suele entender que son las contradicciones internas de los fenómenos económicos los que constituyen la fuerza motriz y causa esencial de esas mutaciones. En realidad, cuando se abandona la cárcel conceptual del equilibrio estático y la atención se concentra en el movimiento o dinámica de los fenómenos, el encuentro (o percepción) con la contradicción es prácticamente inevitable: “el devenir contiene, en efecto, el ser y el no ser, de tal modo que uno se cambia en otro y ambos mutuamente se suprimen (...); el devenir *es la unidad del ser y del no ser*”.³⁴ El hombre existe en la historia —su naturaleza *es* la historia, se ha dicho— y, por ello, la historia es *su* devenir. Y a menos de ser un orate respecto a la identidad propia o bien porque funcione un deseo violento, conciente o inconciente, de suprimir o congelar la historia (preservar el ser, eliminar el no ser o

³⁴ G. F. Hegel, *Pequeña lógica*, R. Aguilera, Editor, Madrid, 1971, pp. 146 y 143. El subrayado es nuestro.

la muerte de lo hoy dado y dominante), nuestro pensamiento teórico deberá dar cuentas del conflicto inmanente a la existencia histórica. Y dar cuentas, es dar razón, es decir, explicar y no suprimir el movimiento, o —peor aún— pretender aprehender éste al margen de la razón.

El pensamiento —nuestro pensamiento históricamente desarrollado— no está acostumbrado a tratar el conflicto. Huye de un modo casi instintivo de las contradicciones y se suele refugiar —sano y valioso instinto— en las normas de la lógica más formal. Tal vez por ello, algunos impacientes han creído que para dar cuentas del movimiento se debe negar formalmente la lógica formal y recurrir a expedientes irracionales.³⁵ Pero nada más ajeno a la dialéctica auténtica que esa especie de fascismo teórico o ideológico.³⁶ La dialéctica mal podría suprimir a la lógica formal so riesgo de caer en la sofistería y la total falta de seriedad. Su problema no es identificar al cuatro con el cinco sino dar cuenta *racional* del conflicto, el cambio y el movimiento. Dicho de otro modo, las contradicciones reales se deben aprender conceptualmente y si para ello un esquema a lo Parménides es insuficiente, esto no es equivalente al absurdo de un pensamiento internamente contradictorio.

¿Cuáles son los conflictos que privilegia Pinto en sus análisis?

¿En qué espacios sociales se concentran?

³⁵ Señaladamente, este es el caso de autores como Bergson, Maine de Biran, Spengler, Nietzsche, etcétera. Hasta el mismo Dilthey no escapa del todo a estas propensiones pseudo espiritualistas.

³⁶ Detrás de todo intento de rebajar los alcances de la razón, suelen emerger las orejas del burro clerical y los fastos wagnerianos del irracionalismo fascitizante. A fines del siglo pasado, la reacción antipositivista planteó que “existían problemas ‘más profundos’, individuales y sociales, imposibles de captar mediante cualquier tipo de investigación científica. A los métodos de las ciencias exactas (deducción y experimento) se opusieron la intuición, el sentimiento y la conciencia religiosa; y, en nombre de la interioridad en filosofía, se reanudó, si bien con nuevos acentos, la crítica romántica contra el movimiento ilustrado y sus posteriores derivaciones, directas o indirectas”. Geymonat, el autor antes citado, agrega que “si la izquierda hegeliana fue antipositivista, lo fue por oponerse a cuanto había de equivoco, poco racionalista y sustancialmente retrógrado en las distintas orientaciones positivistas, y, sobre todo, por oponerse a los múltiples compromisos con la trascendencia aceptados por el positivismo (. . .). El antipositivismo de los espiritualistas, por el contrario, fue —al menos en la mayoría de los casos— un movimiento dirigido en sentido opuesto, que se proponía combatir cuanto, según ellos, había de excesivamente racionalista, innovador e inmanentista en las filosofías positivistas. Confirma de un modo evidente esta aserción la diferente actitud con respecto a la ciencia, que la izquierda hegeliana exaltaba por lo menos tanto como los positivistas, en tanto que el espiritualismo la incluía en su condena global de la filosofía positivista, o cuando mucho la salvaba colocándola en un plano inferior, desprovisto de todo valor cognoscitivo”. *Historia de la filosofía y de la ciencia*. Grijalbo, Barcelona, 1985, vol. III, p. 264. Estas tendencias retrógradas renacen hoy, con matices propios, en ese charco ideológico del “posmodernismo”.

En cuanto a la “topología” de las contradicciones que maneja, es evidente que se corresponde con los espacios que privilegia su visión estructuralista. De este modo, podemos identificar conflictos que se localizan: *i*) en el seno de la estructura económica. Por ejemplo, en el caso del primario-exportador, la contradicción que se establece entre el carácter unilateral de la oferta interna y la más o menos diversificada composición de la demanda global; ³⁷ *ii*) en el seno de la formación social. Por ejemplo, entre el tipo de estructura política y el tipo de estructura económica, desajuste que de acuerdo con el caso chileno hemos mencionado en el apartado anterior; *iii*) en el seno de la economía mundial, entre países periféricos y centrales. Por ejemplo, respecto al control de las materias primas y el excedente ahí generado.

En el plano societal, se tiende a pensar que todas las contradicciones ahí vigentes se deben traducir en conflictos que anudan a determinados sujetos sociales (clases, fracciones de clases, grupos, etcétera). O sea, las contradicciones objetivas se encarnan y subjetivizan en determinados agentes sociales. No obstante, la experiencia parece demostrar: *i*) la traducción rara vez es directa e inmediata. Dicho de otro modo, la contradicción objetiva puede operar en términos larvados o latentes, no traducándose en conflictos clasistas (o de grupos) que se correspondan con su nivel objetivo de desarrollo. Por cierto, la base objetiva presiona por manifestarse en el plano subjetivo y más tarde o más temprano, la conciencia de los sujetos sociales pertinentes debería reflejar el dato objetivo. No obstante, el desfase temporal pudiera ser largo; *ii*) en consecuencia, entre las contradicciones objetivas y los conflictos existen *mediaciones* bastante complejas que tienen que ver con el desarrollo y configuración de la conciencia social (i.e., de la conciencia de clase, de grupos y estratos, etcétera). La dimensión ideológica (conciencia) funciona entonces como factor de mediación entre lo económico y lo político, y, por lo mismo —no se suele vivir en un mundo de verdades sino más bien con conciencias transfiguradas o alineadas, en mayor o menor grado—, no cabe esperar una plena y total correspondencia entre lo económico y lo político. La correspondencia será elevada en los puntos de gran conflagración política y, al revés, será baja en épocas de paz y estabilidad políticas.

La reproducción más o menos regular o normal de un orden socio-económico dado, exige entre otras condiciones, un nivel bajo (o controlado)

³⁷ Para el caso, Pinto gusta de citar la famosa frase del rector Molina: “civilizados para consumir y primitivos para producir”.

del conflicto político. O sea, una fuerte disociación entre lo económico (donde *vg.*, existe la explotación) y lo político. Por lo tanto, el predominio de la "falsa conciencia" en el seno de las mayorías trabajadoras. Se trata, en consecuencia, de evitar que el factor ideológico traslade las contradicciones objetivas al conflicto político y que, por el contrario, funcione como distorsionadora. Al revés, si el factor ideológico impulsa una adecuada conciencia para sí (*i.e.* no alienada), lo económico y lo político se aproximarán y la reproducción del sistema se verá obstaculizada, generándose así las condiciones para tal o cual cambio estructural.

En sus términos, Pinto siempre ha luchado contra las falsas conciencias. También en ello, se revela su recia estirpe progresista.